

XII Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia. Departamento de Historia, Facultad de Humanidades y Centro Regional Universitario Bariloche. Universidad Nacional del Comahue, San Carlos de Bariloche, 2009.

Naturaleza, técnica y tecnología: significaciones y simbolizaciones de los “departamentos” y las “torres” en Buenos Aires a través de las publicaciones de difusión masiva y especializada desde 1920 hasta la actualidad.

Sánchez, Sandra Inés.

Cita:

Sánchez, Sandra Inés (2009). *Naturaleza, técnica y tecnología: significaciones y simbolizaciones de los “departamentos” y las “torres” en Buenos Aires a través de las publicaciones de difusión masiva y especializada desde 1920 hasta la actualidad*. XII Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia. Departamento de Historia, Facultad de Humanidades y Centro Regional Universitario Bariloche. Universidad Nacional del Comahue, San Carlos de Bariloche.

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-008/589>

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.

Naturaleza, técnica y tecnología: significaciones y simbolizaciones de los “departamentos” y las “torres” en Buenos Aires a través de las publicaciones de difusión masiva y especializada desde 1920 hasta la actualidad

Sánchez, Sandra Inés (UBA – CONICET)

Introducción

Los “departamentos” y las “torres” representan tipologías arquitecturales y modalidades singulares del espacio doméstico cuyas significaciones y simbolizaciones varían en cada escenario histórico. En los discursos que sobre ellos se esgrimen se han presentado siempre como singulares síntesis conciliatorias de naturaleza y técnica, haciendo evidente a su vez los complejos procesos de identificación sociocultural de los diferentes grupos y sectores sociales y su incidencia en los modos de habitar urbanos.

Como todo producto de la cultura, departamentos y torres constituyen textos susceptibles de ser leídos según diferentes niveles de profundidad cuyos significados se deducen de los contextos urbanos e históricos de referencia. Como señaló Geertz, los significados se encierran en símbolos y éstos se condensan en mitos y ritos conexos. De ahí que los problemas de la significación y de lo simbólico coincidan parcialmente pero no se superpongan.

Departamentos y torres, como textos, también comunican ciertos significados. Para Lotman, el texto en el contexto es un mecanismo funcionante que se recrea constantemente en una fisonomía cambiante y genera nueva información.

Los textos complejos producen efectos en el contexto. Todo texto en alguna medida complejo tiene la capacidad de recrear a su alrededor un aura contextual y, al mismo tiempo, de entrar en relaciones con el contexto cultural. También todo texto complejo puede ser considerado como un sistema de sub-textos para los que él actúa como contexto (cierto espacio dentro del cual tiene lugar el proceso de la formación semiótica de sentido). De esta manera a partir de un ejemplo posible de torre inserta en el contexto de una cultura urbana es posible explicar algunas de sus complejas relaciones. Como señaló Lotman, entre la modelización geométrica y la creación arquitectónica real existe un eslabón mediador que consiste en la vivencia simbólica de esas formas que se han depositado en la memoria de la cultura y en los sistemas codificantes de ésta.

En las torres se han encarnado desde siempre cuestiones simbólicas muy profundas. La torre corresponde primordialmente al simbolismo ascensional y como idea de elevación implica a su vez la de transformación y evolución. Frente al espacio indiferenciado de la ciudad, la construcción de torres que sobresalen del perfil urbano se asimila con las primeras intuiciones presimbólicas en las que el hombre erecto se situaba como mediador entre lo celeste y lo terrestre.

En las sociedades tradicionales, aunque también en las modernas, todo territorio desconocido, extranjero, “continuaba participando de la modalidad fluida y larvaria del Caos” y podía ser transformado por el hombre a través de su consagración en algún tipo de construcciones. Postes y torres han representado desde tiempos inmemoriales el eje cósmico en torno al cual el territorio se hacía habitable, se organizaba y se transformaba en mundo, reiterando la obra ejemplar de los Dioses, una cosmogonía.

Se analizarán los discursos sobre los departamentos y las torres que emergen de las publicaciones de difusión masiva y especializadas con la finalidad de arribar a sus significaciones y simbolizaciones y las concepciones sobre naturaleza y la técnica que estas conllevan en cada escenario histórico y los procesos de identificación socioculturales asociados.

I. Hacia la década del veinte, el espacio doméstico se concebía como una interioridad preservada del exterior urbano. Paradójicamente esa interioridad se gestaba a partir de todos los productos de la ciencia y la tecnología que ingresaban desde ese exterior urbano y que se promocionaban en las revistas de difusión masiva que comenzaron a circular a partir de ese momento.

En las publicidades de los productos más novedosos que se publicaron en ese momento en las revistas de difusión masiva de mayor circulación, los departamentos alcanzaron un alto nivel de iconicidad como portadores de los carteles publicitarios de los productos más novedosos, constituyéndose en signo de modernidad urbana en tanto reflejaban estas nuevas concepciones de urbanidad centradas en el consumo.

Durante las décadas del veinte y treinta, los departamentos representaban la ideología del cambio¹ aunque inicialmente en sus caracterizaciones de la década del veinte se

¹ Según Zizek: “El concepto mismo de ideología implica... el falso reconocimiento de sus propios presupuestos, de sus propias condiciones efectivas, una distancia, una divergencia entre la llamada realidad social y nuestra representación distorsionada, nuestra falsa conciencia de ella. Esta es la razón de que esa conciencia ingenua se pueda someter a un procedimiento crítico ideológico. El objetivo de este procedimiento es llevar a la conciencia ideológica ingenua a un punto en el que pueda reconocer sus

condensaran todas las patologías posibles: superficie reducida, falta de privacidad, baja calidad de sus construcciones, una funcionalidad específica y acotada que restringía los usos de los diferentes espacios, conflictividad en las relaciones socioculturales y socioeconómicas dentro del mismo edificio, y profundas desconexiones con la calle y el medio urbano circundante. Estas patologías eran retratadas en infinidad de chistes y notas editoriales en donde se los caricaturizaba a partir del conflicto.

Múltiples discursos aludían a la sustitución de la casa de familia por los departamentos. Vivir en un departamento implicaba cambios en los modos de habitar y de organización socio-económico y socio-cultural y requería un proceso de acostumbramiento. Comenzaba a gestarse también una mitología de continuidad de los individuos capaces de generar nuevas formas de organización familiar y social, pues en correspondencia con la casa de familia, la familia nuclear extensa aparecía fantasmáticamente como el único referente de organización familiar. En algunos chistes y notas editoriales aparecían los matrimonios jóvenes como los únicos y exclusivos habitantes de los departamentos; en otros (los menos), los padres de familia extensa veían plasmada la reducción de la familia en su traslado a los departamentos.

La superficie reducida de los departamentos apareció como un fenómeno genérico que alcanzaba a la organización familiar hasta llegar a homologarse la reducción de la superficie de la vivienda con la desaparición de la familia. En otros casos, la superficie reducida significaba el achicamiento de la distancia social entre los habitantes. En las revistas de difusión masiva, este *topos* se vio reiterado de manera incesante en escenificaciones del acceso, que limitado solo por una cortina, pudorosamente protegía una intimidad siempre demasiado expuesta.²

A mediados de la década del treinta, en la revista *Nuestra Arquitectura*, los departamentos también alcanzaron gran protagonismo y fueron caracterizados tipológicamente y representados a través de fotografías de sus terrazas, balcones, cocinas, y lugares para guardado; elementos que nunca antes habían sido sujeto de representación en las publicaciones especializadas. A partir de ese momento, las

propias condiciones efectivas, la realidad social que está distorsionando, y mediante este mismo acto disolverla. En las versiones más sofisticadas de los críticos de la ideología –la que desarrolló la Escuela de Frankfurt, por ejemplo-, no se trata simplemente de ver las cosas (es decir, la realidad social) como son en realidad, o de quitarse los anteojos distorsionadores de la ideología; el punto principal es ver como la realidad no puede reproducirse sin esta llamada mistificación ideológica. La máscara no encubre simplemente el estado real de las cosas; la distorsión ideológica está inscrita en su esencia misma.” (Zizek 1994: 56).

² Estos temas han sido tratados por la autora en un capítulo del libro *El espacio doméstico en Buenos Aires (1872-1935): Concepciones, modelos e imaginarios* (Sánchez 2008: 355-363).

anteriores concepciones sobre la interioridad del espacio doméstico se transformaron radicalmente.

Comenzó a enfatizarse en la exteriorización del espacio doméstico que se vehiculizaba a través de las expansiones del “living” hacia el “balcón” o “balcón terraza”. En los casos paradigmáticos se presentaba el living sin solución de continuidad con el exterior hasta llegar a desaparecer las carpinterías y a homologarse los solados interior y exterior con el mismo material y en uno solo plano como en el Departamento en Avenida del Libertador y República Árabe Siria (originalmente Avenida Alvear esquina Malabia) de Leon Dourge que se publicó en la revista *Nuestra Arquitectura* (NA 1934: 396-397).

En los balcones y terrazas fotografiados se podía ver a los habitantes que disfrutaban de la naturaleza representada en el sol y el aire a la vez que convertían a estos lugares en recreativos, destinados a una sociabilidad restringida o también a la intimidad. La inclusión de los propietarios en estas fotografías resultó sintomática³ de profundos cambios en la manera de mostrar arquitectura y en los modos de habitar urbanos. En estas fotografías se mostraban las infinitas potencialidades de uso de esos lugares a la vez que se les otorgaba el sentido de lo instantáneo. En todos los casos, lejos de concebirse estetizadas, connotaban espontaneidad, limitándose a retratar escenas de la vida cotidiana que constituían una nueva urbanidad. Representaban “nuevas actitudes de la vida” que se correspondían con la “nueva arquitectura”.

Se concebía que a partir de ese momento, en “más de una habitación” se podría “... disfrutar del contacto con la naturaleza” (Acosta 1931b: 51). Estas concepciones comenzaron a identificarse como “contemporáneas” y opuestas a aquellas que derivaban de la arquitectura “moderna”.

Terrazas y balcones se mostraban habitados. La terraza superior se equipaba generalmente con pérgolas, piletas de natación y juegos para niños, y el balcón y balcón-terraza con sillones y mesas de jardín. Las posibilidades de disfrute de los exteriores de las terrazas y balcones parquizados como jardines,⁴ aparecían como

³ “... El síntoma se nos presenta primero como una huella, que nunca será más que una huella, y que siempre permanecerá incomprendida hasta el momento en que el análisis haya avanzado suficientemente y hasta el momento en que hayamos comprendido su sentido...”.

El análisis se concibe, así pues, como una simbolización, una integración simbólica de huellas imaginarias sin sentido; este concepto implica un carácter fundamentalmente imaginario del inconsciente: el inconsciente está hecho de fijaciones imaginarias que no pudieron ser asimiladas al desarrollo simbólico de la historia del sujeto; en consecuencia, es algo que se realizará en lo simbólico, o más exactamente algo que, gracias al progreso simbólico que tiene lugar en el análisis habrá sido.” (Zizek 1994: 87).

⁴ Para algunos el “jardín en la azotea” aumentaba las “comodidades de la vivienda” (NA 1930a: 649). En un artículo destinado a desplegar esta novedosa situación de prolongación “de la casa” al “aire libre” se

ilimitadas y otorgaban además nuevos sentidos a la marcada funcionalidad de los diferentes espacios interiores y que se concebía como un factor negativo de la tipología arquitectural.

Las fotografías de estas terrazas simbolizaban la “ampliación del dominio del hombre sobre el mundo que lo rodea” (Acosta 1932a: 359). Comenzaba a concebirse una “reforma radical” del espacio doméstico que estaba imbuida de un nuevo espíritu universalista.

El “living-room” confrontado con las anteriores “sala, antesala y tal vez un salón de invierno” debía ser amueblado de manera axiomática. Los muebles debían limitarse en cantidad, sus dimensiones debían adecuarse a las del espacio, y debían generar “al menos” una “perspectiva” (NA 1930 z: 323). Sintetizando las nuevas concepciones del espacio doméstico en términos globales tenían por “objeto”: proyectar habitaciones para que “trabajaran bien” y “usar máquinas” para “economizar energías” para “las actividades sociales de la familia”; en tanto en esta nueva concepción de civilización que tendía a lo universal adquiría relevancia la sociabilidad urbana y conjuntamente un concepto de hombre como ser eminentemente social.

Desde el sector de los profesionales activos más relevantes de ese escenario (Acosta, Vilar, Dourge, por citar algunos) la ciudad comenzó a concebirse a partir de ese momento como “... un instrumento dócil y perfecto al servicio de la voluntad humana” en donde las costumbres aparecían “suavizadas” de tal manera que se vislumbraba que desaparecían ciertas connotaciones de agresividad inherente que la habían caracterizado desde la antigüedad más primitiva (Acosta 1931: 961):

“Las casas de nuestros antecesores eran cuevas oscuras. Y mientras más lejos miramos en la historia, más pequeñas eran las ventanas de las viviendas, lo que se explica fácilmente pues había muchos peligros en los tiempos antiguos. Pero a medida que la civilización va suavizando las costumbres, vemos cada vez más fortalecida la tendencia de abrirlas hacia el exterior” (Acosta 1931b: 51).

Las “fachadas blancas, lisas, tranquilas” de la nueva arquitectura hablaban de ese espíritu “de las nuevas tendencias” (NA 1932: 358). La silueta urbana recortada contra el cielo y las siluetas de los departamentos recortadas contra el perfil urbano connotaron una nueva naturaleza en la que se conciliaba lo natural y artificial. Un nuevo concepto

mostraba una construcción en estilo neocolonial de la que se explicaba que: “También las azoteas de las casas de departamentos pueden ser aprovechadas para poder disfrutar de un lugar fresco y cómodo en los meses de más calor” (NA 1931: 719).

de urbanidad “contemporánea” atravesaba los modos de habitar urbanos y simbolizaba el triunfo del hombre sobre las fuerzas de la naturaleza:

“... nunca ha sido tan grande como en nuestro tiempo su anhelo por gozar de una vida más placentera, como si vencidas las fuerzas hostiles que la naturaleza le ha opuesto en su marcha hacia el progreso desde las tinieblas de la prehistoria, deseara hacer un alto para disfrutar de las cosas buenas que le han conquistado su ambición y su ingenio.”(NA 1929: 3-4)

Los exteriores de los departamentos se constituían en miradores privilegiados del nuevo espectáculo de reencuentro con la naturaleza. Desde estos lugares, mirar y ser mirado formaba parte del juego de equivalencias acorde con los nuevos valores universalistas de la contemporaneidad. La ciudad cobraba un nuevo sentido al ser concebida como objeto de contemplación ético y estético a la vez.

Ese exterior recreativo tenía como contrapartida un interior en el que prevalecía el concepto de orden y eficiencia signado también por soluciones prototípicas en las que se connotaba el perfecto ajuste entre los cuerpos, los muebles y la arquitectura y que aludía al funcionamiento de las máquinas, pero exacerbado por una voluntad de ocultar intencionalmente las pistas para decodificar su concepción, funcionamiento, o materialización, con la intencionalidad de reforzar el sentido de lo sorprendente y mágico de su respuesta ante las múltiples necesidades que podía satisfacer.⁵

Los muebles desplegados, empotrados y embutidos, concebidos como “equipos” alcanzaron gran protagonismo constituyéndose en signos de “comodidad”:

“Entre las cosas que se ofrecen hoy a la atención del futuro propietario, están una cantidad de pequeños y cómodos equipos, de la índole más variada y que tienen una característica común: la de ser embutidos en la pared y en su mayoría plegadizos; todos ellos ofrecen tres ventajas positivas: economizan tiempo, economizan espacio y reducen el trabajo.” (NA 1931: 731-733).

Estos “equipos modernos” permitían “servir a una misma habitación para varios usos” pero “sin incomodidades”. “Comodidad y confort” resultaron los atributos esenciales del espacio doméstico “contemporáneo”.

La comodidad de los equipos se complementaba con el confort que brindaban los servicios de electricidad, aire acondicionado e iluminación y que aunados tendrían como

⁵ En un artículo que publicaba “Una moderna cocina a gas” de tamaño reducido, se introducían “mejoras” que consistían en que no había “... caños, ni bulones ni tornillos visibles y todas las partes de control del gas están escondidas”.

finalidad última la de crear un clima artificial que reprodujera y generalizara universalmente condiciones ideales:

“El objeto del clima artificial es obtener que el hombre dentro de su hogar encuentre una temperatura con un grado de humedad tal que le permita desenvolverse como si estuviera en una región ideal.” (NA 1931b: 371-375)

Las características de confort urbano, en una etapa inicial del proceso evolutivo de universalización, se correspondían con sus “afueras”:

“Mientras que la vida de la ciudad va acentuando su carácter formal y mecánico, fuera de la ciudad se aprecia progresivamente ese tipo de casa en la cual, aún cuando ofrezca confort y un cierto grado de arreglo, la existencia pueda ser simple. La grandeza es para la ciudad, la sinceridad para la casa de las afueras” (NA 1931c: 51)

Los atributos de “grandeza”, “simplicidad” y “sinceridad” significaban matices en un contexto de “cierto grado” básico de confort y arreglo consensuado, estandarizado y reconocido de manera universal.

Esta concepción de la ciudad en centro y suburbios se correspondía con una nueva concepción sobre el urbanismo de tipo táctico, que prescindía de “planes reguladores” y planificaciones urbanas globales. Para Acosta el problema “esencial” de las ciudades debía ser resuelto por el “urbanismo” y consistía en “... encontrar un sistema de transición mediante el cual una ciudad crecida arbitrariamente, sin plan premeditado, se transformara en el futuro en una urbe científicamente organizada” (Acosta 1931a: 20-27).

Para muchos la solución se centró en una progresiva regulación del crecimiento y desarrollo urbano que partiera de la ampliación de las dimensiones de las parcelas que estarían destinadas a la construcción de departamentos. Estas parcelas serían más amplias, orientadas de acuerdo a preceptos higienistas, y dimensionadas en función de los departamentos diseñados en términos de idealidad, tal como se había propuesto desde algunos sectores profesionales en el contexto de los primeros congresos de la década del veinte (el “Primer Congreso Panamericano de Arquitectos” y el “Congreso de la Habitación”).⁶ Los departamentos así concebidos como prototipos de aplicación generalizada, serían el dispositivo ideal de transformación de las ciudades en el futuro.

⁶ La preocupación por el dimensionamiento de los lotes tiene larga data. Comenzó en la década del diez con planteos y largos debates sostenidos en el ámbito de la *Revista de Arquitectura*, órgano de la Sociedad Central de Arquitectos. En la década del veinte fue motivo central de discusión en eventos

De esta manera, a modo de ejemplificaciones, a través de las fotografías tomadas en los departamentos se configuraba un prototipo desde el punto de vista sociocultural, socioeconómico, urbano y urbanístico.

Si bien hasta mediados de la década del treinta, en la revista especializada *Nuestra Arquitectura*, los departamentos encarnaban una nueva urbanidad en la que se lograba conciliar la naturaleza y la técnica dando como resultado el surgimiento de un nuevo concepto de humanismo, hacia la década del cuarenta, la ausencia de planes centrados en la parcelaria y el agotamiento de terrenos con dimensiones reales implicó un nuevo repliegue del espacio doméstico hacia el interior. En ese momento, los sistemas de aire acondicionado y de iluminación colaboraron en la gestación de un imaginario de creación de un ambiente de reclusión a la medida del hombre altamente tecnificado opuesto al exterior representado en la imperfecta naturaleza de las ciudades.

II. En el año 1957 se produjeron modificaciones sustanciales en el Código de Edificación de Buenos Aires tendientes a facilitar la construcción de torres. Diez años después, las torres representaban para algunos sectores profesionales un posible modelo de transformación urbana con un fuerte acento en la recuperación de los espacios verdes y en una concepción de planta baja libre. Esta “reducción en el porcentaje de ocupación del suelo” y el “enmascaramiento, y aun a veces desaparición de los elementos de separación entre los predios y la vía pública y entre predios contiguos” se concebía como una “recuperación del verde” y una “paradójica restitución, a través de muy distintos medios, de una imagen del plano del terreno análoga a la de la manzana ocupada por las grandes casas solariegas de otros tiempos” (Boggio Videla 1968: 23).

Las disposiciones que involucraban a las torres comenzaron a ser concebidas como un “nuevo modo de construir” que posibilitaría además, la “paulatina” configuración de “una modificación profunda de la trama edificada”, y que era en ese momento “particularmente detectable en determinados sectores de Buenos Aires”. Según Boggio Videla, en una zona de Belgrano en donde se habían aplicado de manera intensiva estas disposiciones se había arribado a una favorable “virtual desintegración de la estructura

profesionales, y se sostuvo hasta entrada la década del treinta. En una nota sin firma de la revista *Nuestra Arquitectura* de los años treinta, se señalaba: “El trazado de nuestras ciudades y la división de nuestras manzanas son pésimas; he ahí un problema fundamental de urbanismo...” (NA 1931a: 773). Acosta también señaló: “Persiste aquí un modo grotesco de dividir las manzanas en lotes estrechos, que casi de antemano excluye la posibilidad de la edificación racional e higiénica” (Acosta 1932: 311). El arquitecto norteamericano Dubovay desplegó un análisis de las posibilidades de subdivisión de la tierra en categorías de construcciones y acorde con diferentes niveles socioeconómicos de los habitantes (Dubovay 1932: 373-381).

común de la manzana clásica” que recuperaba viejas concepciones del CIAM sobre ciudades higiénicas en equilibrio con la naturaleza.⁷

En ese escenario se planteaba la posibilidad de resolver los problemas habitacionales con un enfoque integral que abarcara los aspectos de “... diseño, vivienda-agrupamiento urbano, planeamiento” (Summa 1968: 85). El nuevo concepto de diseño que se aplicó de manera generalizada y universal al medio ambiente y a la arquitectura devino en un perfecto ajuste de funcionalidad, técnica, estética y naturaleza identificado como “buen diseño”, que redundaba en la expresión de una “sana política” en la producción de la cultura material.

Bajo la influencia de estas teorías, en algunas torres también se condensaban todas las idealizaciones posibles sobre estilos de vida novedosos y sofisticados que se ofrecían como modelos de exclusividad. El departamento de los arquitectos Flora Manteola y Javier Sánchez Gómez se concebía casi como un “enorme elemento de diseño” casi como un producto “del diseño industrial”. Allí diseño y tecnología se conjugaban de manera inusitada, casi fuera de contexto por el nivel de explotación de las posibilidades tecnológicas. En la publicación que se hizo de esta obra en la revista *SUMMA* se señalaba:

“Hay pasión por las posibilidades de la mecánica, especie de voluntad de domesticación de la técnica. Apretar un botón y conseguir descender un techo silenciosamente parece tan improbable hoy como en algún momento fue el pensar en apretar un botón e iluminar una habitación o escuchar una persona a kilómetros de distancia; experiencia individual no exenta de cierto grado de testarudez... si se piensa en el nivel de nuestra técnica”

En cada ínfimo detalle de este departamento situado en la parte superior de un edificio en torre, persistía la intención de eludir todas las normas convencionales de diseño: la puerta del dormitorio había sido reemplazada por “un sistema telescópico de estructura metálica y paños de cristal biselado” que permitían “regular la integración con el estar” y tanto “la cama” como “la mesada construida debajo del ventanal” podían ser “perfectamente usados como elementos complementarios del estar” en momentos de integración de los ambientes; en tanto el énfasis en estos elementos estaba desplazado de su condición funcional para situarse en una formalización desnaturalizada.

La cuestión técnica y tecnológica tenía un rol protagónico y revelaba “... la racionalidad

⁷ Entre las avenidas Cabildo y Luis María Campos y las calles Federico Lacroze y Pampa.

tecnológica y la intención de examinar a la técnica especialmente en su expresión productiva”. En la profundidad de estas concepciones “la vida del individuo” dependía “más del status social y económico alcanzado por la familia que de su real pertenencia al grupo familiar”. El énfasis estaba puesto en el capital cultural adquirido o heredado que tenía un correlato evidente en los modos de habitar urbanos de los exclusivos departamentos en torre (Ghigliano 1971: 65-69).

III. A comienzos de la década del ochenta, los efectos de la aplicación de las disposiciones sobre torres en el barrio de Belgrano impedían a los profesionales de la arquitectura enorgullecerse de construir una torre. En el conjunto Nazca del estudio Baudizzone-Erbin-Lestard-Varas se condensaron de manera sintomática los temas más acuciantes en torno a la implantación de torres en el medio urbano en ese escenario histórico.

El proyecto surgía a partir de la aplicación de “dos tipos” arquitecturales en una misma manzana: tira y torre. Una tira baja de borde a la manera de zócalo sobre la línea municipal encerraba un patio interior de manzana en el que se implantaban cuatro torres circulares de vivienda. El control de las escalas del conjunto y la voluntad de combinar estos dos tipos constituyeron el motivo principal del proyecto. El fuste de las torres, engrosado en su parte inferior, generaba una especie de zócalo destinado a amortiguar la altura en una aproximación cercana.

Según los autores, “la vivienda” asumía así un “doble papel contenedor de usos y de telón urbano, generando la escala peatonal de la calle de barrio circundante; pero también el perfil urbano a escala de la avenida y de los barrios vecinos”. Las torres permitirían:

“... reconocer los lugares desde la distancia, como en otras ciudades ocurre a través de las agujas de las catedrales, los obeliscos o las antenas de algún rascacielos o torre de comunicación. El edificio-torre provee, en este sentido, orientación geográfica y visual en la trama anónima y, a la vez, ratifica, a través de su verticalidad la idea de metropolitanismo” (LN 1982).

Para ellos en “esta manzana” la ciudad “se representaba a sí misma”. Guiaba en ese momento el proyecto cierta preocupación por el manejo de las dos escalas barriales y metropolitanas que en el conjunto se intentaban conciliar.

Entretanto, las torres construidas a partir de mediados de la década del ochenta tuvieron un carácter muy exclusivo. Destinadas a los sectores y grupos sociales de más alto poder adquisitivo, situadas en los barrios y lugares más valorizados de la ciudad, introducían diferenciaciones y segregaciones espaciales en zonas que como Palermo y Recoleta eran las más homogéneas desde el punto de vista urbano, socio-económico y socio-cultural.

Un ejemplo de este período lo constituye la producción del estudio Camps-Tiscornia que con sus torres “con varias tipologías” apuntaban a satisfacer a un usuario multitarget. La “preocupación primordial” del estudio consistía en “obtener departamentos que escaparan a la generalidad del mercado buscando sobre todo soluciones originales en la configuración de los ambientes, y... el concepto de planta flexible”. De esta manera este “recurso de diseño” le daba al estudio “la posibilidad de generar en una misma superficie departamentos de distintas características” que respondieran a “diferentes necesidades funcionales”. Según los autores “Al presentar las unidades una amplia posibilidad de armados” se creaba “un cambio sustancial en muchas de las relaciones que un emprendimiento de estas características genera”. Para ellos, que habían construido un fragmento urbano con esta tipología, resultaba esencial la “lectura unificada del conjunto” y la creación de una imagen “reconocible”. Los “Quartier Demaría”, “Quartier de Oro”, “Quartier Sinclair” y “Quartier Ocampo” constituyeron un ejemplo paradigmático de este momento inicial pues fueron concebidos como “productos” de una “serie” identificable en el espacio urbano por su proximidad, alturas y alarde tecnológico-constructivo, tal como se los retrataba en una axonometría en un artículo del suplemento de arquitectura de periódico y en donde a través de la forma de representación elegida, se disimulaban las diferencias apuntando a homologarlas (LN 1999). A partir de ese momento, los proyectos de torres de departamentos comenzaron a cobrar un alto nivel de visibilidad que fue incrementándose de manera considerable hasta la actualidad.

IV. Hacia mediados de la década del noventa, las torres comenzaron a emerger como propuestas novedosas centradas en múltiples relaciones ficcionales con la “naturaleza”. La naturaleza se constituyó en ese período, en un dispositivo proyectado en el “verde”, el “sol”, el “aire”, y en todos los lugares en los que se encontraran espacios libres de construcciones. En este contexto, las torres significaban un “estilo de vida distendido y natural” emparentado al de los countries y barrios privados, aunque con el acento puesto

en cierta gestualidad dispendiosa, acorde con un imaginario urbano de total disponibilidad de recursos materiales y de servicios.

A través de las torres se investía al espacio urbano con connotaciones naturales, de manera tal de reforzar la relatividad de oposición entre la ciudad artificial y los countries naturales, a tal punto de comenzar a recibir a partir del año 2002 la denominación de “torres country”. Signo evidente de los triunfadores de la política neoliberal, las torres de mediados de la década del noventa vinieron a insuflar oxígeno en el enrarecido aire del mercado inmobiliario a la vez que introducían diferenciaciones y segregaciones espaciales entre “iguales” en las zonas más valorizadas.

Respaldadas por discursos que se centraban en el estrecho contacto que establecían con la naturaleza en medio de la ciudad, estaban dirigidas al público de mayor poder adquisitivo. En los casos de amplias superficies de terreno, la modalidad de uso de “la mayor parte” como “camino aeróbico, parrillas, piletas, áreas de juego y deportes, y grandes zonas parquizadas” comenzó a otorgar un nuevo sentido eminentemente recreativo al espacio doméstico además de implicar despliegues corporales antes impensados. Estos sentidos animaban imaginarios del espacio doméstico como sustitutivos de las salidas “al aire libre” pues esencialmente, la propuesta de estas torres consistía en “gozar del aire libre sin salir de casa”.

En un segundo momento que se extiende hasta la actualidad, la torre surgió como un modelo preferencial de espacio doméstico destacándose por la sedimentación de sus características esenciales condensadas en los “amenities” (aquellos dispositivos destinados a pasar el tiempo de la manera más amena posible) y cierta tendencia a la tipologización en torno a ellas, además de su difusión extendida en los barrios menos valorizados (de los amenities y las torres).

Debido a su repetición en múltiples copias y en lugares diversos, la caracterización tipológica basada en estos amenities, a medida que se difundía, se trivializaba y desgastaba conjuntamente con la disolución de sus valores éticos y estéticos, y debilitó su fuerza inicial pues su sentido de exclusividad se había expresado por completo, dado que el discurso legitimador se montaba sobre modelos de exclusividad.

El 2007 traía aparejado cambios en las concepciones de “los nuevos desarrollos premium de Puerto Madero”. El concepto de amenities se estaba transformando significativamente. En una entrevista a la titular de Vizora Desarrollos Inmobiliarios, se señalaba el agotamiento del “término” de “amenities” debido a su difusión extendida: “En realidad, vamos a abandonar ese término, que está pensado para un público de clase

media, y nos vamos a concentrar en otro tipo de amenidades más privadas, para cada usuario en su unidad”.

Una vez difundidas extensivamente las torres hasta los barrios menos valorizados, y afianzados los simulacros de pertenencia a los grupos y sectores más elevados, comenzaban a ponerse en marcha mecanismos más sutiles, discursivos (de vinculación de las palabras con las cosas), que presuponían un uso restrictivo del lenguaje y que se aparejaba al desgaste de la carga significativa de las palabras que trascendían los contextos socioculturales originarios de referencia.

Aún así, paradójicamente, en la oferta actual de avisos clasificados de periódicos la representación de la piscina sigue teniendo gran preponderancia, aunque surgen de manera sintomática, otros problemas nucleares derivados de la convivencia de grupos sociales y etéreos de origen diverso en espacios que en principio, no resultan de proporciones adecuadas a la población del emprendimiento. Estas cuestiones comenzaron a verse reflejadas ya desde el año 2006, en los emprendimientos más valorizados en los que se detallaba específicamente la cantidad de personas y de departamentos, y que se acompañaban con una mayor especificación del “target” (en jóvenes, matrimonios jóvenes, familias con hijos pequeños, parejas de adultos de edad avanzada sin hijos), con detalles en cuanto a profesiones, ocupaciones y preferencias culturales.

Con el desgaste de los “amenities”, la búsqueda de exclusividad en la oferta comenzó a girar en torno de nuevos servicios personalizados identificados como “soft amenities”, que a diferencia del “hard” (de los “amenities”) centrado en las instalaciones, se focalizaba en los servicios. Englobados bajo la amplia categoría de “family service”, los soft amenities pueden incluir “desde piletero hasta baby sitter”, y demandan la necesidad de personal especializado como parte de una planta permanente y que redundan en un aumento considerable del monto de las expensas.

Algunos soft amenities resultan intentos de incorporar sociabilidades antes desplegadas en el espacio público urbano y que ponen en crisis el carácter de encierro por la mayor permeabilidad a la que conllevan. Un ejemplo resulta el “Business-room”.

Con un amplio despliegue de lugares destinados a actividades recreativas, paradójicamente, a través de las representaciones escenificadas en los emprendimientos emblemáticos se exaltan los valores de la soledad, la quietud y el aislamiento. Frente al intenso despliegue corporal de los amenities de un segundo momento en su evolución, las nuevas torres de Town House, o la Dosplaza de Caballito, constituyen un “elogio de

la lentitud”, de la inacción, y consagran el espacio doméstico como espacio improductivo. La publicidad de Dosplaza se centraba en los rituales de la intimidad compartida. En Town House los dispositivos dedicados a la relajación cobran preponderancia frente a los destinados a la sociabilidad. En los gazebos se practican diferentes posiciones de yoga en actitud meditativa, en sillones desparramados en los diferentes lugares destinados a la sociabilidad, paradójicamente se escenifican rituales de la intimidad individual a partir de la contemplación de los jardines exteriores que constituyen una pieza clave de la propuesta.

La distensión propuesta a partir de los soft amenities entra en resonancia con un nuevo discurso global emergente que tiene como mentor a Honoré y su best-seller *Elogio de la lentitud*, que trata sobre la reducción de la velocidad en la vida de las metrópolis. Allí mismo Honoré cita a Platón que creía que la forma superior de ocio era permanecer inmóvil y receptivo al mundo, una opción que encuentra su eco en los intelectuales modernos y que aparece como el fin de un recorrido posible respecto de las concepciones del espacio doméstico como espacio contrapuesto al espacio productivo.

Los soft amenities destinados al disfrute personal representan la exaltación del grado cero de la velocidad posible en el espacio doméstico y representan también una puesta en crisis de los parámetros de jerarquización social que se desplazan del consumo de bienes materiales hacia el consumo de servicios. Justamente la domótica exalta esta actitud al señalar la posibilidad que brinda este servicio de almacenar y disponer un archivo virtuales de imágenes digitalizadas, música, entretenimientos y películas o series favoritas y que brinda además un plus de ahorro de energía y prescindencia de horas-hombre en el cuidado del espacio doméstico.

A partir de los soft amenities también los rituales que consagran el espacio doméstico (como los de la alimentación y los de la limpieza) se transforman sustancialmente. El “servicio de cuarto”, y “conserjería” junto con el de “mucama” y el “bar-chill-out”, resultan asimilables con los de hotelería y comienzan a connotar al espacio doméstico como un espacio improductivo y además autónomo y autosuficiente, pues su gestión esta estipulada ya desde los primeros pasos del proyecto y conforma una parte central en la oferta: “... un servicio diferencial en su unidad relacionado con el control computarizado de todas las funciones del hogar. Por ejemplo, que cada cocina tenga una máquina que prepare automáticamente el capuchino o un jugo de naranja a la mañana”.

Estos discursos que se despliegan en un marco de exaltación de los aspectos tecnológico-constructivos connotan autonomía y autosuficiencia. En un

empresamiento del grupo Town House resulta sintomática la imagen de una inactiva mujer en el living del departamento. En otras representaciones, una mujer registrada desde diferentes posiciones y ángulos de enfoque, en una hamaca paraguaya lee plácidamente un libro de hojas maltratadas, que denotan su persistente abandono en el tiempo. Las representaciones de las personas aparecen veladas, evanescentes como si se quisiera disimular la presencia que rompe con la inercia de una temporalidad suspendida.

Las actitudes contemplativas resultan posibles en un contexto caracterizado por la ausencia de tensiones y que se respalda en las virtudes de la “inteligencia edilicia” o “domótica” en donde esta tecnología de avanzada se articula y entra en resonancia con todo tipo de necesidades atinentes a los ciclos naturales, sensaciones, sentimientos y emociones. La empresa Broken Mind destaca la posibilidad de preparar lumínicamente una escena romántica, poner a calentar la pava desde cualquier lugar y activar el yacuzzi estando en la oficina o “camino a casa” entre otros. La finalidad principal de esta concepción consiste en el escamoteo del tiempo dedicado a las actividades más automáticas para rentabilizarlo en aquellas mayormente representativas de estos nuevos modos de vida. De ahí que resulten sintomáticas algunas imágenes que transmiten cierto malestar por la expectativa que generan. Los personajes aparecen expectantes, con gestos de desgano como reponiendo fuerzas para enfrentarse a la nada.

A pesar de estas cuestiones, en el apartado “soporte” de la página web de Broken Mind, se remite ante cualquier “inconveniente” de funcionamiento a una dirección de correo electrónico. De esta manera se instaura una nueva economía política del tiempo en los modos de habitar que aparentemente reinstalaría la utopía moderna planteada por Tati en *Mi Tío* si no fuera por la profunda fe en su infalibilidad que la sustenta.

Si se tiene en cuenta que la cultura es eminentemente ritualizada, que el espacio doméstico concebido esencialmente como “un lugar en el mundo” se ha constituido desde siempre como un lugar sagrado y consagrado a través de rituales como los de la alimentación, la limpieza, el guardado y el orden (por citar algunos relevantes), en las nuevas torres, el énfasis puesto en lo gestual resulta fundamentalmente sintomático de profundas transformaciones culturales, pues los gestos, relacionados con cuestiones automáticas contagian de significado y sentido en un nivel superficial de la cultura aunque con la misma fuerza constitutiva que los rituales anclados en la profundidad de la misma. En el contexto de una cultura eminentemente gestual las torres emergen como su sintomatología más evidente.

Las torres, con su gestualidad ascensional, pugnan por constituirse emblemáticas. Actualmente pugnan por hacer evidente estilos de vida que se pretenden exclusivos y diversos y que se agotan en simples gestos y relatos ficcionales enraizados en una cultura concebida como simulacro.

Connotadas fuertemente con significados y sentidos de frugalidad, trivialidad, liviandad, ahistoricidad, presentificación, las torres dirigidas fundamentalmente al segmento etario de hasta treintaicinco años que protagonizan todas las escenificaciones de las imágenes difundidas, sellan con su protagonismo un modelo cultural de instantáneo “mundo feliz” muy difícil de contrariar. Resulta muy difícil de contrariar por su instalación como originario en tanto pretende desprenderse de los rituales esenciales a la cultura (al menos occidental) simulando fundar una nueva civilización que comienza a orientar sus preferencias hacia la prescindencia de los bienes materiales, si bien esencialmente encuentra su anclaje en una amplia variación de sofisticados servicios y manipulaciones simbólicas que instauran una nueva forma de consumo.

Bibliografía

- ACOSTA Wladimiro. 1931. “Urbanismo y arquitectura. Notas de vaga filosofía sobre la casa y la ciudad en función de nuestro tiempo”, *NA*, 7/1931, 961.
- _____. 1931a. “El City-Block integral”, *NA*, 8/1931, 20-27.
- _____. 1931b. “Arquitectura Contemporánea”, *NA*, 9/1931, 51.
- _____. 1932. “Dos pequeñas casas en Olivos”, *NA*, 3/1932, 311.
- _____. 1932a. “Nueva arquitectura”, *NA*, 4/1932, 359.
- BOGGIO VIDELA, Juan Manuel. 1968. “Belgrano: morfología de un cambio”, *SUMMA* 13, 10/1968, 23-31.
- DUBOVAY Martin. 1932. “Subdivisión racional de la tierra”, *NA*, 5/1932, 373-381.
- GEERTZ, Clifford. 1991. *La interpretación de las culturas* (México: Gedisa).
- GHIGLIANO, Santiago. 1971. “El departamento de los arquitectos Maneola y Sánchez Gomez”, *SUMMA* 38, 6/1972, 65-69.
- HENDLER, Ariel. 2004. “Entrevista a Susana Giovinazzo”, *Clarín, Diario de Arquitectura*, 14/12/2004.
- LN. 1982. “Conjunto Nazca: un vasto proyecto para un complejo habitacional”, *LN, Sección 3ª*, 28/4/1982.
- _____. 1999. “Departamentos a medida”, *LN, Sección 5*, 29/12/1999.

- LOTMAN, Iuri M. 1996. *La semiosfera. Semiótica de la cultura y del texto* (Madrid: Frontesis, Cátedra Universitat de València).
- MANTEOLA, Plotohersky, Sánchez Gomez, Santos, Solsona, Viñoly. "Departamento Sánchez Gómez-Manteola", *SUMMA* 56-57, 12/1972, 62.
- NA. 1929. "Para servir al arte y a la industria", *NA*, 8/1929, 3-4.
- _____. 1930. "El living-room debe estar de acuerdo con su nombre", *NA*, 4/1930, 323.
- _____. 1930a. "Una moderna aldea jardín", *NA*, 11/1930, 649.
- _____. 1931. "Prolongando la casa al aire libre", *NA*, 1/1931, 719.
- _____. 1931a. "Notas y comentarios. El arquitecto. Resorte social", *NA* 2/1931, 773.
- _____. 1931b. "Edificio Plaza San Martín", *NA*, 6/1931, 371-375.
- _____. 1931c. "Arquitectura contemporánea", *NA*, 9/1931, 51.
- _____. 1931d. "Una casa de departamentos. Proyecto del Ing. Antonio U. Vilar", *NA*, 11/1931, 697.
- _____. 1931e. "Grandes comodidades con pequeños equipos"; *NA*, 11/1931, 731-733
- _____. 1932. "Nuestro número de abril", *NA*, 4/1932, 358.
- _____. 1934. "Casa de renta. Arq. Leon Dourge", *NA*, 59, 6/1934, 396-397.
- SÁNCHEZ, Sandra Inés. 2008. *El espacio doméstico en Buenos Aires (1872-1935): concepciones, modelos e imaginarios* (Buenos Aires: Librería Concentra).
- SUMMA. 1968. "Noticias", *SUMMA* 13, 10/1968, 85.
- ZIZEC, Slavoj. 1994. *Goza tu síntoma! Jacques Lacan dentro y fuera de Hollywood* (Buenos Aires: Nueva Visión).

Abreviaturas

LN: La Nación

NA: Nuestra Arquitectura